

ARPEGIOS Y FANTASMAS

Elko Omar Vázquez Erosa



Voluptuosidad es la palabra

Arpeggios y fantasmas

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 9



Diván

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2014.

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2019.

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Modelo: Flor García Rufino

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

I. ELLA ME MIRABA

Dos de la mañana:

esta deslucida fotografía,
insomne lucidez
que proyecta tu rostro
y una tarde lluviosa
de lentas caricias, bajo los árboles.

Desde la ventana, conjunto de silencios,
del cigarrillo las volutas perfumadas.

Tengo una copa de brandy que te imagina,
que te persigue a través de la distancia,
a través de marismas, como una campanada.

Canta una voz en el viento —no sales de mí—
y no puedo olvidar una tarde vacía
que lentamente fui llenando... de sueños.

La imagen, el recuerdo,

la noche como púas en el agua,

los sueños que borraste

—bastaba un ademán—

bastaba que en tus ojos

brillaran las constelaciones.

Fluye tu pelo en mi sueño,
corona de espinas y distancia...

...borrar tus pasos si pudiera
para que llegase el día
en que el olvido trajera calma;

pero explota tu rostro en el cielo
con un diseño de flores salvajes.

Se poblaron nuestras vidas

de visiones y palomas
en las vigas, de recuerdos
en los muros de adobe,
sobre visiones doloridas
de la tarde.

Era tu paso
jardines de la infancia,
rosario de sueños
y cartas de amor
que luego lanzaste
sobre la imagen de la luna
atrapada en el estanque
—espejo fantasma de gemidos
en la carne blanca de tus senos—.

Sueña tu imagen la noche,

esos cúmulos de voces,
los altares olvidados
entre los pliegues de un sueño.

Hebras de luz en tu pelo...
extraviado en los ayeres
y en la dicha al contemplarte.

Grita tu ausencia, Leonor,
el filo de un vidrio roto,
una imagen de veredas
y de flores venenosas.

Leonor, olvido mi nombre
si me embriaga tu presencia
en las tardes imposibles
clavadas como los garfios
de una aguda exhalación.

En tu imagen el recuerdo,
las vivencias que aplazamos
en altares olvidados,
en antiguas profecías.

Hebras de luz en tu pelo...
extraviado en las caricias
y en la dicha al contemplarte.

Era una noche de rosas

—era el silencio de tu ventana—
quizá una mirada
sedienta de lontananza,
el tono ocre de una tarde
herida por una espada.

Era un suspiro que llegaba
a las tumbas olvidadas
de los ancestros,
una sombra de ayer
que sacudía
las armaduras oxidadas
de aventureros
cobijados en tu sangre
y en la arena.

Era un canto a la luna
y un estrépito de duelo
en calles torcidas y estrechas.

Era la musa del viajero,
la pluma verde
en el sombrero del poeta.

Señora de los sueños,
profunda borrachera,
imágenes difusas de la lluvia.

Bruja escarlata
en el silencio del crepúsculo,
flor de tus manos
con caricias de ternura.

Sonríe, señora,
pinta los cerros
con matices dorados
y que explote la tarde
en un vuelo de pájaros.

Recuerdo que fumábamos junto al mar

borrachos de infinito con las frases de la abuela
rondando nuestros sueños de tormentas y naufragios,
de islas extraviadas en el horizonte, en golfos allende la vigilia.

Ella me miraba

desde los cristales empañados
por el sueño arrebatado,
entre revistas viejas
de unicornios y esfinges
que una tarde bajo las nubes
acompañamos de bombones baratos.

Hace tiempo, las fiestas...

hoy sólo me quedan
estos corredores vacíos
plagados de espantajos
que todas las mañanas
debo correr a escobazos;
pero ellos se adhieren
a la pintura desconchada
y se cuelgan,
como pequeños monos,
de los cordeles atados
a los clavos oxidados.

Hace mucho las fiestas,
los banquetes
y la fragancia de tu piel.

Canasta de flores, tu recuerdo.

Estampilla cursi, jardín de setas.

Hiedra escalando cercas de madera.

En aquel tiempo

una hamaca entre los árboles
para ver el paso de las nubes
y de los pájaros
mientras narrabas historias
de navegantes;

una jarra de limonada
y las galletas de chocolate
amenizando la tarde;

luego buscábamos flores
y piedras de colores
para guardarlas
en una caja de puros.

El viento sacudía los maizales
e iba adormilado hacia el estanque.

En aquel tiempo descubrir
el nido de una golondrina
era un milagro;

hoy tengo una venda en los ojos
y lloro el exilio
de esa primera patria.

En polvorienta alacena

y en tenues luces de madera,
bajo la sombra fresca y ambarina
del recuerdo en la botella
duermen nuestros sueños de perfume.

A veces me pregunto de la poesía

como de la obra demente

y egoísta de un loco.

Murmullo viajero,

las flores te seguían los pasos
llenas de sol y de brisa:

Compusimos canciones
en los ventanales desiertos
esperando que regresaran
los sueños
que una tarde confiamos
al viento.

Rosa de otoño, canto del juglar
por las calles silenciosas
del recuerdo:

No dejes que me olviden
los fantasmas,
las quimeras que inventamos
con un beso.

Este océano de angustia,

este mar de contrición.

¡Pero había trampa!

Era imposible no pecar.

Las olas rojas de la historia

bañan la memoria de la tierra

en la orilla del tiempo,

al pie de las estatuas rotas

de los dioses,

bajo el peso terrible del presagio.

Visión increada, tus ojos

de mañanas radiantes
como demonios de aire
en las rendijas.

Jardín del otoño,
sepulcro de hojas y espinas.

Sombras del desierto
que fueron a beberse las dunas
para poblar nuestros sueños
de arpegios y fantasmas.

Repentinamente y en la madrugada

la ciudad ahogada de silencio
húmedo y caliente,
y sólo escuchaba el ventilador,
ese enjambre de crueles insectos.

Fue muy clara la estupidez
a la que reduje mi vida
y los pensamientos
no me abandonaron,
se me colgaron de los párpados
hasta dejarlos negros,
y vi pasar noches y días
por la ventana;

llamaron a la puerta
y yo no respondía,
vinieron ambulancias
y enfermeras guapas
que me llenaron de agujas,
de besos y de suero.

Trajeron monos
y un payaso que jugaba

con naranjas,
bailarinas y perros falderos,
y hasta el más serio de mis tíos
recitó poemas
e hizo bufonadas.

Fue muy clara la estupidez
a la que reduje mi vida
y los pensamientos
no me abandonaron,
se me colgaron de los párpados
hasta dejarlos negros
por andar registrando
el paso del tiempo
en la ventana.

No, no puedo callar

y entre más lo intento
más me exigen los dedos
pulsar la lira, aunque duela,
aunque esté hecha de carne viva.

No, no se borra tu piel
ni tus labios,
siempre aguarda con espinas,
siempre vuelve la memoria
a tu regazo.

II. RECUERDO PUEBLOS DE LLUVIA

Ciudad fantasma

cincelada en roca
bajo desfiladeros
profundos y ardientes
donde los reyes del pasado
se mezclan con arpegios
en el viento.

Hace tiempo tus besos

en el azul oscuro
de la noche y de los gritos
que rompieron nuestra piel.

Hace tiempo mi tristeza,
la mirada lacerante de tus ojos.

Parecías una estatua

entre los rumores de la fiesta
y siempre en la memoria
como tal.

Después de ti
me fui cargando de tiempo
y fracaso, y a veces
no me reconocía en el espejo.

Sólo me sostuvo la soberbia
—esa virtud luciferina—
y cuando todos me miraban
y reían en secreto
la piel se me fue volviendo hielo.

A veces se clavaban los recuerdos
en mi pecho
y precisaba de un tornado
para llenarme los pulmones;
prendía un cigarro,
me servía una copa
y andaba como bestia encajonada.

Esperaban de mí una palabra
y tú misma aguardabas
algún reproche,
y me fui lejos,
buscando reinos extraviados
en la demencia;
pero encontré una lira
y una corona marchita
de laurel entretejido
con espinas.

Sólo me sostuvo la soberbia
—esa virtud luciferina—
y cuando todos comenzaron
a mirarme con desprecio
te fuiste apagando
y perdiste la gracia
de convocar tormentas,
y tu corte menguaba
y te seguían las alimañas
que se arrastran por el suelo.

Sólo una mirada postrera a la tarde

antes de olvidar tu sonrisa
intoxicada de hierba y recuerdos
que un día compartimos fumando
en la orilla del río
tan envanecido con tu imagen;
luego me acostaré en el suelo
y dormiré por siempre
para que te lleves las memorias
y el perfume, y cuando no bailen
las hojas de los árboles
ni canten los pájaros
todo se volverá
un silencio sepulcral.

Después de la lluvia

y contra un poste,
en un pueblo lejano
y borroso, Edith,
llena de palabras
que nunca nos dijimos.

Entre muñecas nórdicas

y cazos de madera
el viejo gordo y colorado
se deleitaba con su pipa.

Fijo la mirada en los balcones

mientras duermes un sueño
de flores y hojas
danzando con el viento.

Silueta de humo,
vestigio ardiente de la noche
que yace en la memoria escarlata
de los siglos,
del instante disperso
en los vuelcos del tiempo.

Se puede pensar

que todos los poemas
son apuntes de viajero,
incisiones de un náufrago
en el último trozo
de la nave en que venía.

Ángeles de piedra gris

llorando lágrimas de lodo,
fingen sonreír
para que el tiempo sea burlado
entre sus ojos.

Incandescentes faroles

en el recinto de los muertos,
sombrias ventanas enrejadas
donde asomaban diosas despidiendo
la postrera sonrisa del navegante.

Sangre morena del desierto

anhelando un tañer de arpas
y todos los perfumes;
fuego negro de tu pelo,
constelación atrapada entre tus ojos
con seda y mirra impresa en la piel.

Caravana de la luna y del oasis
donde dioses olvidados
de cuentos primitivos
alegraban a un príncipe-niño
rodeado por leones mansos.

Dulce canto de arena y flautas,
murmullo de estantiguas
en templos paganos inviolados.

Brisa en el pecho,

beso fresco de tus labios
con ademanes de rocío
—sueño entera
la presencia de la lluvia—.

Quiero pintarte,
quiero recuperar el aliento
e inhalar un perfume
de abril,
un perfume de sueños
en el verde fulgor
del camino.

Brisa en el pecho,
murmullo en el agua
al plasmarte dichosa.

Responderá la noche

con ladridos,
con aullidos a la luna,
y otra vez del canto
en la orilla de los sueños
vendrán guirnaldas y coronas
para llenar de vino
el reflejo de tu pelo,
y con lágrimas de olvido
y riendo sobre flores marchitas
pasará deslumbrante
de imágenes tu vuelo,
y como adivino del pasado,
ebrio de gloria y mitos
pondré a tus pies
constelaciones del abismo.

El cielo golpeó los cristales

y los relámpagos tocaron un vals
para las muñecas de porcelana
que dormían entre el polvo;

el maniquí de las sombras
se burlaba
y el fango de la ventana
terminó por derramarse
con los fantasmas de la lluvia.

Pedir un milagro

en esta era sin magia
es el vano intento de Pedro
de caminar sobre el agua;

es abrazar la carrera
de hechicero y poeta
y arrojar piedras
a tanques de guerra.

Pedir un milagro
es indecente,
oficio irrazonable,
vestigio medieval;

es contravenir
a las buenas gentes,
cabezas juiciosas
de lo útil,
de las máquinas
y la justicia social.

Ronda la tarde,

palabras solitarias
de ternura aderezada
en melancolía,
y tu perfume en el viento
no sabe de mí:
es el olvido de los amantes
sepultados a los pies de los espectros
que conocimos en la infancia.

Estalla tu pelo
en serenatas de armonía,
despliegue difuso
de los sueños que lanzamos
una tarde extraviada en el tiempo,
como flores blancas en un río.

¡Ay! No sabes de mí,
no sales de mi piel ni del recuerdo,
y la sombra de tus besos
ya no puede arrebatarme
con ágiles saltos
hacia el cosmos.

Recuerdo pueblos de lluvia

y mujeres tristes mirando
el bailoteo de las charcas.

Recuerdo musas
heridas de tiempo y espera:
me viene a la mente la hierba,
un puño de tierra mojada.

Recuerdo a las viejas rezando,
la luz vacilante de las ventanas,
el olor del maíz.

Recuerdo, borracho de ti
como sólo puede
el amor de los niños;

me viene a la mente
un poco de frío,
un poco de ausencia.

Silencio, tumulto

de caballos negros
que devoraron la alegría
de la tarde.

Sombras profundas
del abismo,
hoja desgarrada
en el árbol de la vida.

Cruza las calles
una carroza fúnebre
entre flores marchitas
y olor a cadáver.

Calla, no murmures,
no respires,
no dejes que la muerte
nos sorprenda.

Rózame con la materia de los sueños,

ayúdame a sentir de nuevo las constelaciones
atrapadas en un lago, a mirar el vuelo
de los pájaros, el baile de las espadañas.

Deja que vibre en tu pecho, deja que sueñe
con ciudades de fantasmas y adobe.

Ayúdame, no puedo quitarme esta ironía,
esta máscara de carnaval, este apretón de manos
que regalamos vacío.

Deja que llegue como una gota de lluvia
en tu pelo, antes, mucho antes de que el sol
me arranque del suelo.

Sol ardiente:

sofocando la tarde
y las canciones
con un vuelo de palomas
perezosas;

doblando los viejos discos,
derramando los helados
de los niños
en el pavimento.

Melancólica mirada
del anciano
mientras cruje la silla mecedora
en el portal;

voluta de humo asfixiada,
monótono rugir
de un vehículo
que se pierde en la distancia.

Ladrillo rojo del recuerdo,

¡báñate de lluvia!,
de los rostros que se fueron
por las veredas del tiempo.
Deja que fluyan las cortinas,
que sonrían las bellas mujeres
de la infancia.

Quiero mirar
las plantas y el sol
por balcones donde mueren
los rayos de la tarde,
en oscuros tapices de la abuela
y en juguetes prohibidos.

Ladrillo rojo del recuerdo,
regrésame la infancia:
una visita de primos y magia
mezclada con risa,
y que vuelvan lejanas compañeras
desde peligros que acechaban
en un cuento.

Me recreo en tu imagen,

madona de agua y de sal,
suave crujir de la seda,
dulce murmullo del sueño
que ha de venir.

Voy tejiendo los pasos,
matiz de cristal
en esa sonrisa.

Deslúmbrame,
no pares de hablar,
deja que canten las manos
del viejo pintor,
que se abra un abismo de luz.

Con la tarde

la consciencia dolorosa
del fracaso
tallado con espinas
en la frente del poeta.

Rumores de días similares,
vestigios de la noche
amarga en la distancia.

Dolorosa vida
en los hombros,
sainete mezquino,
gotero de miseria.

El sueño permanece claro,

sabio y fuerte

en la plenitud de la belleza,

en parajes de adobe

salpicados con hierba,

en el sol que se oculta

y en una fogata

acompañando el rasgar

de la lira,

en lontananzas brillantes

de una carretera que lleva

al país de las hadas.

En la osamenta de un árbol

criaturas de música y alas,
y en la distancia de flores y hierba
rompía tu imagen.

Desde tus labios
—brillo que ciega—
un pedestal hecho de olvido
que entretejen los sueños.

III. DE VIDRIO Y SANGRE

Esa noche vinieron los fantasmas,

los vi en la esquina y corrí para ocultarme.

La puerta era de hierro:

le puse clavos, le puse barras;

pero los fantasmas golpearon con fuerza

y yo me derretía de miedo

y con cada uno de mis chillidos

ellos reían y reían

y sus voces resonaban,

me estallaban en el pecho

y me convertían

en una especie de molusco

que reptaba por las losas;

y así fue durante años, se disfrazaron

con las formas agudas de mi cuarto,

con muecas de mi imagen al espejo,

con crujidos, insultos y paisajes

que ellos derramaban sobre mí.

Llega el día, el miedo cansa

y nos ponemos a jugar

con muñecos de paja

que sacamos de lo incierto.

Desde la terraza las naves

tripuladas por estantiguas
de un amanecer sin ilusiones,
de una calma sin sueños.

Desfilan planes
que nos evadieron,
promesas deslavadas
por el curso de la vida,
derretidas como cera
en el asfalto.

Deambulan colores en sueños perdidos,

perdidos los sueños en vanos encantos.

Imagina la noche que ella es un manto
llena de estrellas, de gemidos de espanto.

Camino entre criptas añosas, palacios,
templos, bóvedas rotas. Miro a la luna,
tus ojos proyectan espectros de miedo,
acaso misterios, hechizos que mienten.

Noche, tú conoces los demonios,

los pasos, los secretos del amante
y la brisa de las rosas prohibidas
en el centro del jardín.

Noche de piedra y zarzas,
vestigio de diamante
y de la piel ardiente
en los aullidos de lo oscuro.

Noche, no me mires así,
no me arranques las lágrimas,
no me llenes de soles extraños
y de explosiones en la sangre.

Poeta de las sombras,

de los besos en el auto,
de la bella exhalación.

Baile de viento en las hojas,
plateada luna reptando
hasta los muros
de un palacio contiguo.

Poeta de versos fatales
que cantaban los rapsodas antiguos
envenenados de amor.

Despertó de lírica embriaguez,

no tuvo fuerzas para seguir;

se arrancó los ojos

como hacen los místicos

después de ver el cielo.

Estos poemas de vidrio y sangre

en la última frontera de la tarde,
este silencio
en los rincones de mi cuarto.

Ella teje las redes y entierra
una daga de hielo en mi pecho.

Esta figura que llora en abril,
melancolía de pájaros
esperando a que cese la lluvia.

Acaricias la mañana

con una piel desconocida
y sonreímos al espejo
confiados en la magia
reencontrada.

Los pequeños rituales,
el dulce toque de tus manos
y toda la felicidad
sin historia ni cantar.

Lejos la desdicha,
las cenizas, la violencia
que antes creímos
parte inseparable
de la vida.

Adivíname, no dejes

que te engañen los sentidos,
no dejes que me vaya.

Mírame, recuerda los instantes:
no puede ser
que con la primera lluvia
se deslaven nuestros ídolos.

Llora, dame un poco de tus lágrimas,
cesa de fingir que no comprendes.

Contesta, acércate,
no dejes que me hunda,
hazme la gracia de tus labios.

Diosa terrible,

clavos del recuerdo,
pájaro carnicero
del secreto y de la ausencia.

Tus lágrimas
eran ácido en mi piel,
un círculo de estrellas polares
en libros antiguos.

Mágica, no creí que existías
hasta respirar en tu pelo
un número incierto
de tardes tranquilas...

...después te fuiste,
me arranqué las vestiduras
y corrí enloquecido
por el bosque;

y un día la memoria
como lobos aguardando
en la ventana
bajo el cilicio del viento:

Recordé cuando era un hombre
y volví por el lodo primigenio
con que bañé mi espíritu;

luego descubrí
las cicatrices indelebles
en mi pecho, como las garras
de una bestia salvaje.

Aún tengo en los labios

un poco de muerte,
oro viejo de tu pelo
con sombras reptando
las escaleras de piedra
que guardaron tus pasos.

A menudo la pregunta,
el agua que se me iba de las manos
mientras necio pretendía retenerla.

Sepultado de ti,
fugitiva visión desde el tiempo
en certidumbre furiosa.

Gritaba tu rostro
atesorando los besos
que derramó el olvido;
te vi flotar sobre lagos,
memoria de luz,
palidez de tu ausencia.

En mil formas tus ojos,
fantasma de viento,

de fotografías requemadas
en la visión de tu risa,
de esa risa que luego
—no sé cuándo—
se volvió un mueca vacía.

Entre mínimos poemas

de la lluvia, entre las sombras
de estos mis cristales rotos,
la diminuta, pausada
elegancia de la araña.

Buscando en las viejas cartas

arrancarme ese baño de lágrimas
que negaste con pretensiones de sibila
en el último instante de la noche
en que los amantes se despiden
con mil besos.

Las aguas del tiempo
arrancaron de la arena
la huella de tus pasos inciertos
y largamente deseados.

¡Que pudiera grabarte
en párpados de insomnio!,
en océanos ámbar y crepúsculo
y escuchar los cantos malogrados
del baile secreto
que hace años trazaste
en el curso del olvido.

Soñé tu cuarto

lleno de polvo y telarañas,
con los vidrios rotos
y el paso del tiempo
cincelado sin piedad

—buscaba tu silueta
aunque estabas muerta—.

Comenzó a llover
y de los muros
se derramaban los fantasmas,
preludiando un limbo
que desde entonces
me fueron regalando
en piezas;

porque estabas muerta
para mí
y no podía creer que tu rostro
empapado en llanto
guardara mi desgracia.

Ramas secas, telaraña de los sueños

que lleva a cuestras el poeta.

Imágenes de muertos en las ventanas
que gritaban dolorosas,
porque eran el castillo maldito
de un ogro que nos asustaba
cuando niños, y que aún ahora
sabe arrancarnos de los ojos
lágrimas de miedo e incertidumbre.

Si te vas, si de veras te vas,
me volveré un mascarón
impreso en el muro de las ánimas
que vociferan con las luces de la noche.

La amarga espina de tus besos

y la luna, turbia de fango
en silencios de cigarrillo.

En ventanas rotas la muerte bufona
imita los pasos del negro fulgor
que yace en tu pecho.

Novia asesina del insecto
confiado en tus abrazos tiernos
—sacerdotisa del dolor—.

La que siembra pánico
y lleva un puñal
oculto entre pliegues
de seda y perfume.

Te pronuncio

bajo la encina de la espera
y llega tu rostro
envuelto de bruma.

Herida grave
de anhelos viajeros,
Fulvia, imagen profunda
que diluye la tarde en la hierba:
cruel palpar en el pecho
buscando el sendero
extraviado.

Rubia a un lado del camino,
expresión del sueño fugitivo
plasmado un segundo
en la distancia ondulante
del vidrio.

Esta noche, cantando historias

de demonios y esfinges,
de mujeres altas como luces
en las calles desiertas
de la gran ciudad;

hablando con fantasmas
de conquistadores
que aún rondan como cuervos
y águilas veloces.

Esta noche...
buscando nuestra sangre
para despertar intentos
de epopeya en el silencio.

Hoy, tan lejana:

recuerdo que te amaba
y que hundía el rostro
en tu pelo,
que dormía en tu regazo
derramándome en olvido.

A veces sufría
los peligros imaginarios
que te circundaban;
pero siempre te diluías
en el tiempo,
en las horas que tiraban
de mi ropa.

Hoy, tan lejana:
te llevaste mis entrañas
y mi alma,
el sueño que volaba
y los jirones de mi carne
entretejidos con tus garras.

Bajo la huella del olvido,

rodeados de fantasmas
en urbes de silencio
transidas por los carros de la muerte;
y fuimos como dioses caminando
en la ciudad ardiente...
con la calma beatífica
de quien pasea en un jardín.

Pienso...

y la noche se va
con el silencio oscuro;

lloro...

y en lejanos planetas
voy grabando tu rostro;

pero no sabes lo que siento
y la tierra grita con ansias,
el río hierve como sangre
donde la furiosa conciencia
de que el cielo me grita: ¡loco!

Callo,
conozco el hechizo
que persiste furioso.

Duermo,
la nieve borra tus huellas
inaprensibles, rabiosas.

Sólo otro poema para decirte

y para encerrarlo en una botella
y así concebir, y así pretender
que irá contra el río, hasta la fuente;

para que no se limite
a un miserable testimonio
de tus lágrimas.

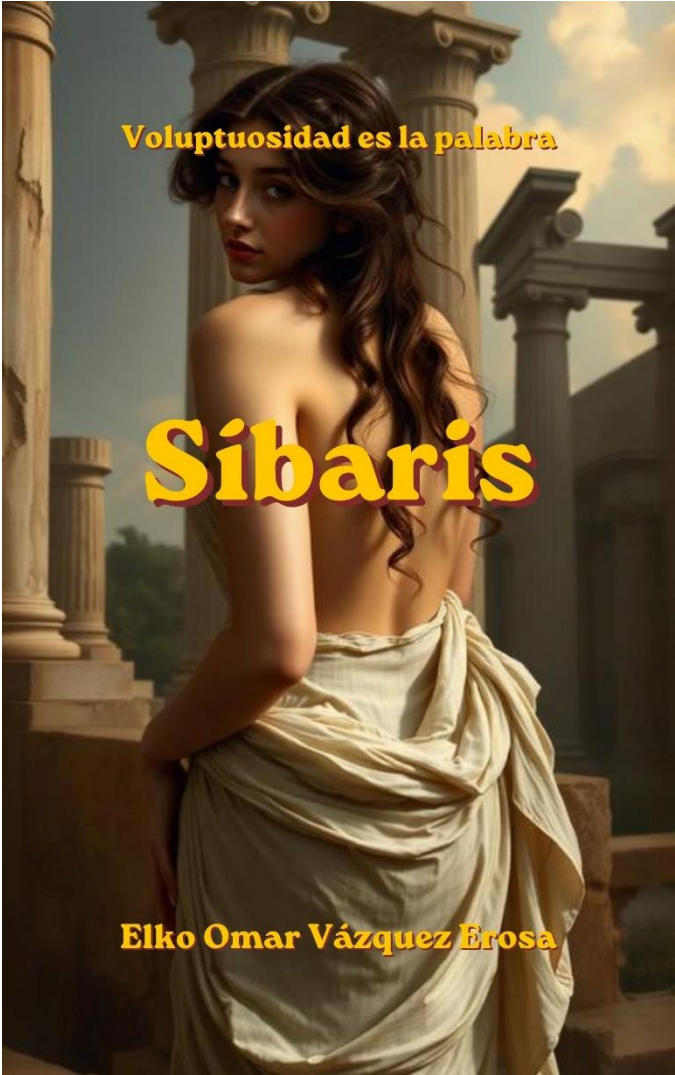
Y ahora un avance especial de:

Síbaris

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/3ljw3W>

The background of the cover is a photograph of a woman with long, dark, wavy hair, seen from the back and slightly to the side. She is wearing a light-colored, draped garment that leaves her back exposed. She is standing in front of several large, classical stone columns. The lighting is warm and golden, suggesting a sunset or sunrise. The sky is visible in the background, with some clouds.

Voluptuosidad es la palabra

Sibaris

Elko Omar Vázquez Erosa

I. AURORAS RUTILANTES

Hoy como ayer...

evoco en la distancia
los nombres que nos dimos,
las voces tenues,
los amados silencios
de nuestro ser.

En armoniosos valles
recordaré tu esencia,
recordaré tu aurora,
tu vuelo de paloma
errante, fugitiva.

¡Colores necios!,
tormentosos crepúsculos
que en verde te imaginan,
transfigurada en rosa
—en Rosa Mística—
en llama helada.

Las verdes hojas de los árboles:

en ellas cantan, lloran, juegan
lindas doncellas de los vientos.

En los ojos dorados de Maya

duermen las abejas de los sueños,
danza la brisa y ríen los campos
cuando el trigo se baña de sol.

En los ojos de Maya el poeta
adivina el perfume y la rosa,
el amable fluir de un arroyo,
la gracia de una hoja en el viento.

Si fueras risueña y breve tu ausencia...

soñaría con mares infinitos,
con visiones de reinos lontananza.

Yo seguiría la dorada estela
que va tejiendo el sol en el crepúsculo
para mostrar la fugitiva senda
que conduce al jardín de las Hespérides.

Encendía un cigarrillo con tu danza,

acariciaba líneas marfil y rosa
de ese cuerpo que embriagaba como el vino
cuando los dulces jardines de la tarde.

Atrapabas mares con los ojos lánguidos
que robaste a las auroras infinitas
de las lejanas ciudades esmeralda
que nacieron en mis sueños inauditos.

Copa de absenta: los suspiros del opio
reclamaban soñadores perezosos
que se habían entregado a las visiones...
a rutilantes visiones del desierto.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

LA COLECTIVIDAD ES LA PALABRA

Elko Omar Vázquez Erosa

FANTASMAS

Poemas espectrales, teñidos de vino e insomnio, que gimen en el viento y en la lluvia.

Voluptuosidad es la palabra

Imágenes de lluvia

Elko Omar Vázquez Erosa

Poemas de amor y lluvia, no correspondidos.

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



Poemas de añoranza, derramados como gotas de rocío
entre la luna y la sombra.

Contenido

I. Ella me miraba, 3

- Dos de la mañana, 4*
Desde la ventana, conjunto de silencios, 6
La imagen, el recuerdo, 6
Fluye tu pelo en mi sueño, 7
Se poblaron nuestras vidas, 8
Sueña tu imagen la noche, 9
Era una noche de rosas, 11
Señora de los sueños, 12
Recuerdo que fumábamos junto al mar, 13
Ella me miraba, 14
Hace tiempo, las fiestas, 15
Canasta de flores, tu recuerdo, 16
En aquel tiempo, 17
En polvorienta alacena, 19
A veces me pregunto de la poesía, 20
Murmullo viajero, 21
Este océano de angustia, 22
Visión increada, tus ojos, 23
Repentinamente y en la madrugada, 24
No, no puedo callar, 26

II. Recuerdo pueblos de lluvia, 27

- Ciudad fantasma, 28*
Hace tiempo tus besos, 29
Parecías una estatua, 30
Sólo una mirada postrera a la tarde, 32
Después de la lluvia, 33
Entre muñecas nórdicas, 34
Fijo la mirada en los balcones, 35
Se puede pensar, 36

Ángeles de piedra gris, 37
Incandescentes faroles, 38
Sangre morena del desierto, 39
Brisa en el pecho, 40
Responderá la noche, 41
El cielo golpeó los cristales, 42
Pedir un milagro, 43
Ronda la tarde, 44
Recuerdo pueblos de lluvia, 45
Silencio, tumulto, 46
Rózame con la materia de los sueños, 47
Sol ardiente, 48
Ladrillo rojo del recuerdo, 49
Me recreo en tu imagen, 50
Con la tarde, 51
El sueño permanece claro, 52
En la osamenta de un árbol, 53

III. De vidrio y sangre, 54

Esa noche vinieron los fantasmas, 55
Desde la terraza las naves, 56
Deambulan colores en sueños perdidos, 57
Noche, tú conoces los demonios, 58
Poeta de las sombras, 59
Despertó de lírica embriaguez, 60
Estos poemas de vidrio y sangre, 61
Acaricias la mañana, 62
Adivinamente, no dejes, 63
Diosa terrible, 64
Aún tengo en los labios, 66
Entre mínimos poemas, 68
Buscando en las viejas cartas, 69
Soñé tu cuarto, 70

Ramas secas, telaraña de los sueños, 71

La amarga espina de tus besos, 72

Te pronuncio, 73

Esta noche, cantando historias, 74

Hoy, tan lejana, 75

Bajo la huella del olvido, 76

Pienso, 77

Sólo otro poema para decirte, 78

Un adelanto de *Síbaris*, 79

Otros libros del autor, 87